

á encontrar lo que me enseña la religion desde la infancia, al sentir renacer en mi corazon la fe, la esperanza y la caridad.”

**HURTER.**

No podemos terminar mejor esta coleccion que con la conversion de Hurter, que ha dado, hace muy poco, gran consuelo á la Iglesia por medio de su ruidoso ingreso á la senda de la religion. Dejemos que este ilustre escritor nos la refiera.

“Los estudios que me vi en la necesidad de emprender para la composicion de mi historia de Inocencio III, habian llamado mi atencion hácia la maravillosa estructura que distingue al edificio de la Iglesia católica. Quedéme pasmado al observar la vigorosa direccion que la diera esa dilatada série de sumos pontífices, todos dignos de la elevadísima posicion que ocuparan, y admiré la vigilancia con la cual supieron mantener la unidad y la pureza de la doctrina.

Al frente de estos hechos presentóseme la movilidad de las sectas protestantes, su miserable dependencia de los gobiernos, sus interiores divisiones y ese espíritu de individualismo

que somete sin limite alguno la doctrina al análisis de los criticos, al racionalismo de los teólogos, á la libre interpretacion de los predicadores. Yo mismo como predicador, y mas adelante como cabeza espiritual de un canton protestante de Suiza, considerábame como un centinela encargado de vigilar por la conservacion de un puesto perdido á medias y obligado á defenderlo, con una resolucion firme y animosa, por todos los medios que en mi mano estuviesen; con este fin quise adherirme con inflexible rigorismo, al respeto á todos los dogmas fundamentales del cristianismo revelado, como son los de la Trinidad, el pecado original, la divinidad de Jesucristo y la Redencion. El conjunto de mi doctrina, como predicador y como profesor, tendia á repeler toda tentativa de racionalismo.

Dediquéme pues á fortificar y á mantener intactos los restos que quedaban de la verdadera doctrina. Pero en aquella época el especial objeto de mis tareas tendia al exterior mas bien que al interior de la Iglesia, mas bien á su historia y á su constitucion que á sus dogmas. Sin embargo, mi conviccion religiosa encontrábase ya lastimada al ver á aquella fraccion del protestantismo á la cual pertenecia, suprimir totalmente el culto á la Santa Virgen, sea porque no se hiciese caso alguno de su existencia, sea porque se considerase únicamente como una madre vulgar y como una simple muger piadosa.

Desde mis juveniles años, sin haber procurado instruirme por medio de la lectura de algunas obras, sin haber entrado en discusion alguna, sin poseer un conocimiento particular de la doctrina católica con relacion á la Madre de Dios, ya me sentia yo penetrado de una inescapable veneracion hácia ella. Adivinaba que era la abogada del cristiano y desde lo mas íntimo de mi corazon dirigíame á ella en el secreto de mi vida privada.

En los púlpitos protestantes es lícito desechar completamente cuanto los fundadores del protestantismo se han dignado conservar de los dogmas del cristianismo; pero querer conservar ó restablecer lo que no han querido admitir, seria recibido sin duda alguna de parte de los protestantes, con una fuerte oposicion, y el que tal hiciera seria censurado con dureza. Sin embargo, esforcéme yo en llamar la atencion hácia la *Virgen*, (esta es la denominacion que se le da aún en la confesion de Augsburgo), y en recordar á mis correligionarios cual era la elevada significacion de la persona de la Madre de Cristo. No me era posible ir mas allá á causa de la particular posicion que ocupaba.

En el año de 1840 dirigíoseme la impertinente pregunta de si era protestante de corazon, y esta pregunta no se me hacia por motivo de hechos que tuviesen relacion con mis funciones públicas, sino esclusivamente en razon de mi historia de Inocencio III y de un viage que habia emprendido á Viena. Neguéme á contestar

á la pregunta, porque lo que se intentaba saber era lo que no creia mas bien que lo que creia. Si por el contrario, se me hubiese preguntado: ¿sois católico? entonces hubiera contestado con un no terminante.

Mi resistencia á responder levantó contra mí una verdadera tormenta; la ingratitud, limitadas ideas, un mezquino pietismo, la envidia, la venganza y un resentimiento político reunieronse contra solo un hombre que se defendió con suma viveza. Hoy, para expresar todo lo que siento, diré que debo dar las gracias á mis enemigos; hoy que el *fruto de justicia y paz* está maduro, echo de ver que aquellas luchas, que entonces me eran tan dolorosas, fueron el medio salutífero que para mi justificacion empujó al cielo; convencido de que Dios, desde mi edad mas tierna quiso conducirme, á pesar de tan dilatados rodeos, al término al cual he llegado, considero á esta hora bendita la tempestad que se desencadenó contra mí, como la señal de que iba á entrar por otra senda, de la cual no me he separado, desde aquel dia, sostenido por una voluntad firme y resuelta.

Casi enfermo á la vez que toda mi familia; á dos queridísimas hijas mías arrebatóselas la muerte; y en tanto que varios conventos católicos de Suiza se dirigian oraciones al cielo por la salud de mi familia, entregábase el pietismo á los arranques de un cruel alborozo, teniendo á gran satisfaccion poder sumergir en el corazon de un padre un puñal de tres filos. Desde

luego abrigué la íntima convicción de que con semejante gente no se podía vivir en paz sino bajo la condición de someterse al durísimo yugo de una ceguera miserable. ¿Podía ser mi elección todavía dudosa? Deseché mis dignidades, mis empleos, mis rentas, y volvíme á la vida privada disgustado de una secta que, á causa del racionalismo, echa por tierra los dogmas todos del cristianismo, ó que huella la moral por sugerencias del pietismo. Sin embargo, hasta aquel día no admitía yo aun todas las doctrinas de la Iglesia. ¿Pero es presumible que cuatro años de vida para un hombre que piensa, que tiene amor al trabajo y que disfruta del libre empleo del tiempo, trascurrieran sin que adelantase ó retrocediese? Nadie lo creería lo que hay de cierto es que la dirección que había dado la divina Providencia á mi ánimo me había hecho hacer rápidos progresos por medio de mis propios estudios. No quiero dar á entender con esto que no hubiese habido personas que influyeran en mí directa ó indirectamente; pero el resultado fué que se abrió paso la luz y que fué esparciendo de día en día mayor y mayor claridad en el sendero que recorría.

Durante mis históricas tareas había tenido que consultar una infinidad de obras acerca del origen de la supuesta reforma, de sus causas, de los medios que se pusieran en práctica para fijar sus dogmas, y sobre su influencia política, especialmente en Inglaterra. No me faltaban

pruebas, aun á mi vista, que demostrarán el furor que anima al racionalismo en contra de la Iglesia católica, en tanto que abandona á su libre acción al protestantismo, y aun en ciertos casos hace causa común con él por la razón de que anda en pos del mismo objeto que es la destrucción del catolicismo. En medio de mis estudios otro hecho se me presentaba, y era este; los pueblos católicos, cuando se arrojan á la senda de las revoluciones políticas, tienen la posibilidad de detenerse y de reconstituirse, al paso que los protestantes no pueden ya fijarse en medio de sus precipitados movimientos; las naciones católicas, cuando se encuentran agitadas por el delirio revolucionario, sanan con mucha mayor prontitud de esta enfermedad social que las naciones protestantes, y estas se curan con tanta más celeridad cuanto es más débil en ellas la hostil disposición que contra los católicos abrigan.

El espectáculo de las luchas que tiene que sostener la Iglesia católica en nuestro siglo y en el mundo entero, ejerció especialmente en mi ánimo, una influencia decisiva.....

He ahí los hechos que me hicieron seriamente reflexionar en la existencia de una institución que sale rejuvenecida y fortificada de su lucha en contra de tantos enemigos abiertamente declarados ó hipócritamente encubiertos.

Después de haber hecho dimisión de mis funciones de presidente del consistorio, consagré

todas mis horas de ocio al estudio de los dogmas católicos, y en este particular aprovechéme de la lectura de la *Simbólica* de Møhler. En mi vida habia yo dudado de que el cristianismo fuese una revelacion divina; pero en aquella época ocupéme exclusivamente en aclarar ciertos asertos de los protestantes en que sostienen, por ejemplo, que el cristianismo no se conservó en toda su pureza sino durante los tiempos primitivos, para sumergirse después, por espacio de doce siglos, en un abismo de errores y de instituciones completamente humanas, abismo que por fin viniera á cerrarse en virtud de los esfuerzos de ingenios superiores... y estos fueron un fraile fecundo en contradicciones de todo género y un rey libertino y ladrón.

¿Y no debería ser suficiente la sencilla sana razon para destruir toda confianza en una supuesta reforma dirigida por personajes de un valor moral tan repugnante? Agréguese á esto las guerras intestinas que se hacen todas las sectas protestantes, su divergencia con relacion á todas las doctrinas esenciales, y la circunstancia de que no se llegan á unir mas que en virtud de la oposicion que hacen y del odio que tienen á la Iglesia. Encontréme pues en la posibilidad de percibir patentemente que las diferencias que existen en la doctrina del protestantismo se dejaron ver desde los primeros dias de la reforma, así como se ven aun en el dia entre tantos protestantes que asombran por lo

extraño de sus sistemas y por la facilidad con que los modifican y los cambian segun las necesidades del dia. Una de las causas no menos decisivas que contribuyeron á iluminarme y á fijar mi resolucion, fué la certidumbre de encontrar, por el contrario, en todos los teólogos católicos romanos, la unidad y la armonía de la doctrina. El lenguaje de los novadores protestantes con respeto á una iglesia invisible, á una tradicion de la pura doctrina por medio de una serie indefinida de herejias, ese lenguaje no puede cegar á cualquiera que haya conservado ó vuelto á adquirir la facultad de apreciar en su justo valor los hombres y las cosas.

Acabé de robustecerme en estas convicciones con la lectura de una traduccion alemana del tratado de la *Explicacion de la Santa Misa* escrito por el papa Inocencio III.

Tales fueron, pues, los medios visibles y palpables de que Dios se sirvió para convertirme; encuéntranse estos medios al alcance de todo el mundo. Los motivos ocultos, aquellos que vienen de lo alto y que solo el cielo conoce, estos no los habrán de saber los hombres. Hasta después de haber entrado al seno de la Iglesia no supe cuantas oraciones habian dirigido al Padre eterno, en todos los conventos, sacerdotes y legos, en Roma y en lo demás de Italia, en el Tirol, en Baviera, en Suiza y acaso tambien en otros países, las cuales oraciones habianse encaminado á la Santa Virgen, desde muchos años hacia, á fin de alcanzar su interce-

sion para con el Dispensador de todas las mercedes. Hasta después de haberme convertido no supe cuantas misas se habian celebrado para obtener la misericordia de Dios en favor mio. El dia de mi salida para Roma, uno de los amigos que tenia en Paris recomendóme á la Archicofradía del Santísimo é inmaculado Corazon de María.

Bajo la proteccion de todos estos piadosos sentimientos emprendí mi viaje á Roma el 29 de febrero de 1844, firmamente decidido á presentarme como el mas fiel de los hijos de esa tierna madre la Iglesia católica.

En Pavia, merced á una amistosa intervencion y por un favor singularísimo, espusiéronse á la pública veneracion las insignes reliquias del gran obispo de Hipona; acerquéme temblando á aquella sagrada osamenta, conteniendo todavía en mi corazon mis sentimientos de respeto y amor, porque no habia llegado todavía el momento de declararame. . . . pero recibí, de la contemplacion de aquellas santas reliquias, un nuevo y mas fuerte impulso para llevar á cabo mis proyectos. ¡Y cómo no hubiera yo encontrado grande, laudable y atrayente una institucion que, despues del trascurso de mas de quince siglos, no ha cesado de venerar los restos mortales de una inteligencia sublime, modelo eterno de las mas preciosas virtudes, cuyas luces y cuyo vigor todavía iluminan á la Iglesia y la fortifican? Estos piadosos y dignos sentimientos conserváronse en mi ánimo por

medio de la lectura de una obra del señor canónigo Bosisio, intitulada: *Relación histórica, documentada, de la dádiva que ha hecho la iglesia de Pavia, de una reliquia insigne del cuerpo de San Agustin, al Ilustrísimo señor Adolfo de Aupuch, obispo de Argel.*

Un solo hecho habria podido ejercer en mí una influencia propia para detenerme en la ejecucion de mi proyecto, y este habria sido que se hubiese empleado un empeño laudable, pero inoportuno, para apresurar mi conversion. Pero en este respecto no me tengo de qué quejar, pues durante los tres meses de mi mansion en Roma, no se llegó á poner en práctica accion moral alguna para hacerme proferir las solemnes palabras que se deseaba oír axhalarse de mis lábios. Solo una vez, en una audiencia que me concedió el Santo Padre, se me dirigieron estas palabras con una serenidad indecible: ESPERO QUE SEREIS ALGUN DIA MI HIJO. Sucedió otra vez que el piadoso y docto arzobispo de Tesalónica, Ilustrísimo señor Rossi, me dijo en Nápoles: *Espero que sereis de los nuestros.* Muchos otros amigos y protectores míos manifestaron idénticos deseos, pero sin pasar nunca mas adelante. Aunque tuve la felicidad de verme honrado con un gran número de íntimas conferencias con el célebre R. P. Perone, de la sociedad de Jesus, este santo y sábio prelado no hizo mas que una sola alusion á lo que, sin embargo, constituía el mas grato deseo de mi alma. El dia de la festividad de San Luis Gon-

zaga, al dar gracias, de todo corazon, al P. Perrone de no haberme suscitado esta misma cuestion nunca, contestóme el R. P.: *Ya tenia yo previsto que la gracia de Dios seria bastante para operar, y hé ahí por qué cualquier intervencion humana habria sido inútil.* En el Monte Casino, hallándome en aquella ilustre casa que ha dado el ser á tantas abadías y célebres congregaciones, hubo un dia en que fuese á parar á mi conversion la plática que se entablara, y manifestóse el temor de que recayesen sobre mí todos los ímpetus del odio si tenia efecto mi abjuracion con solemnidad y no en el retiro y en medio del silencio de alguna iglesia aislada y desierta. A esto contesté yo: Estoy decidido á no abjurar sino en la misma Roma, y no quiero buscar ni evitar la publicidad, mas ó menos estrepitosa, de una accion que ninguna necesidad hay de que se oculte, supussto que es buena, justa y laudable; y en esta circunstancia que es para mí tan importante, quiero obrar con aquella lealtad á la cual siempre he normado mi conducta.....

No quise diferir mas tiempo la ejecucion de mi grande obra, y el 14 de junio declaré á Su Eminencia el cardenal Ostini que nada habia ya que se opusiese á mi ingreso al seno de la Iglesia. Determinóse el dia y la hora de mi abjuracion, que fueron el domingo siguiente, 16 de junio, en la habitacion de Su Eminencia. Creí de mi deber pasar aviso de esta resolucion al Sumo Pontífice que se habia dignado hon-

rarme con tanta benevolencia y con una verdadera bondad de padre. Cuando llegó mi carta al gabinete de Su Santidad, encontrábase en su presencia el Ilustrísimo señor cardenal secretario de Estado, y enseñósele Su Santidad lleno de alborozo. El Sumo Pontífice y el cardenal no aprobaron la idea que yo espresara sobre que me limitaria, en aquel momento, á estender una simple declaracion y un auto de abjuracion que firmaria, protestando que cumpliria mas adelante, á mi regreso á Suiza, con todas las demas ceremonias.

Mi ingreso á la Iglesia católica operose, pues, el 16 de junio de 1844, el dia de la festividad de San Francisco Régis, y recibí la primera comunion y la confirmacion el 21 del propio mes, dia de San Luis Gonzaga. Durante la solemnidad acordóse con emocion el Ilustrísimo señor cardenal Ostini, que hacia precisamente treinta años que en la capilla de San Luis Gonzaga habia recibido en el seno de la Iglesia católica al ilustre pintor Overbeck, que me estaba sirviendo, en aquella sazón, de padrino.

Admitióseme al honor de recibir la santa comunion precediendo á la juventud estudiosa de Roma que se habia reunido expresamente para esta ceremonia, á fin de hacerla ver que los estudios graves é imparciales nunca dejan de dar por resultado que las inteligencias se identifiquen con la unidad viva de la santa Iglesia."

FIN DE LA OBRA.